

lla fuerza violenta é impetuosa que adquirió en las montañas en donde nace, así el pensamiento del hombre, despues de su comercio con la Divinidad, conserva y se comunica con aquel vigor y hermosura que trajo del cielo de donde procede.

Son pues los predicadores del ateismo enemigos de todo bien, de todo lo hermoso; la creencia en la Divinidad es el vigor y la luz de los entendimientos; y afortunadamente tan imposible es al hombre apagarla, como aniquilar el sol visible que alumbra el universo.

## LA EXISTENCIA DE DIOS,

PROBADA

POR EL ORDEN Y LAS BELLEZAS

DE LA NATURALEZA.

**C**UAN grande y cuán hermoso es, señores, el espectáculo que presenta la naturaleza! ¿Y quién de nosotros podrá mirar con indiferencia este conjunto de maravillas con que no cesa de admirar nuestra vista? ¡Habrà uno solo entre los ateos que no se sienta alguna vez profundamente conmovido por ellas, y que en aquellos momentos en que las pasiones están mas en calma, y en que parece brilla la razon con una luz mas pura, no se horrorice de sus propios sistemas, y por un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, no se convierta, á pesar suyo, al Ser soberano, á quien nos es tan imposible desterrar de nuestra memoria, como



del universo? Limitándonos aquí á hablar de las cosas que por sernos sensibles no exigen ciencia ni penosos esfuerzos, y que por desgracia nos hacen tanta ménos impresion cuanto mas familiares nos son, ¡qué encadenamiento de fenómenos capaces de elevarnos hasta la Divinidad vemos en el mundo planetario á que pertenecemos! Esos globos luminosos que hace tantos siglos ruedan magestuosamente en el espacio sin separarse jamas de sus órbitas ni tropezarse en sus revoluciones; ese sol que á manera de una lámpara de fuego vivifica toda la naturaleza, colocado á una distancia conveniente para alumbrar y dar calor á la tierra sin abrasarla con su fuego; ese astro que preside á la noche con su apacible claridad, sus fases y su curso de que el genio del hombre ha sacado tantas ventajas; esta tierra tan fecunda, sobre la cual vemos perpetuarse por leyes constantes una multitud de seres vivientes con la admirable proporcion de dos sexos, de muertos y de nacidos, que hace que jamas esté ni desierta ni recargada de habitantes; esos mares inmensos con sus agitaciones periódicas y tan misteriosas; esos elementos que se mezclan, se modifican y combinan de manera que sirven suficientemente á las necesidades y á la

vida de una prodigiosa multitud de seres, tan diferentes en su estructura y tamaño; en fin este curso tan regular de las estaciones, que reproduce sin cesar la tierra bajo formas nuevas; que despues del reposo del invierno la representa sucesivamente engalanada con todas las flores de la primavera, enriquecida con las mieses del verano, y coronada de los frutos del otoño, haciendo así pasar el año en un círculo de escenas variadas sin confusion, y semejantes sin monotonía, ¿no forma todo esto un conjunto y concierto de partes de que no podeis desprender una sola sin romper la armonía universal? ¿Y cómo será posible no subir de aquí á un principio, autor y conservador de este todo admirable, al espíritu inmortal que abrazándole en su inmensa providencia hace que cada cosa marche á su objeto con tanta fuerza como sabiduría?

Sin embargo el ateismo ha embotado con sus frios y tenebrosos sistemas las sensaciones, y ha oscurecido de tal modo la razon, que sin haber aniquilado en ella la creencia de la Divinidad, la ha debilitado sensiblemente. En efecto, si la impiedad de nuestros dias no lo ha destruido todo, ha logrado alterarlo, á manera de una enfermedad contagiosa que marchita á aquellos á



quienes no da la muerte. No será pues fuera de propósito recordar las pruebas de la primera de las verdades para hacérsela mas perceptible, y desembarazarla, no del velo que la cubrirá siempre, sino de las tinieblas en que la impiedad procura envolverla. No intentamos hablar solo á vuestra imaginacion con estudiadas pinturas de las bellezas de la naturaleza: queremos hablar solo á vuestra razon; y para seguir en esta materia el plan mas metódico, sentaremos, primeramente, que hay nociones de orden y de hermosura esparcidas en todos los entendimientos, aun los mas vulgares: en segundo lugar, que segun estas nociones es fácil á todos conocer que hay un orden en este mundo visible; y en tercero, que este orden no puede explicarse sin la accion de una causa inteligente, que es Dios. ¿Puede exigirse un plan mas exacto y riguroso?

Ciertamente que el hombre tiene en el fondo de su corazon un sentimiento íntimo del orden y de lo hermoso, como de la honradez y de la verdad. El mismo pueblo, sin haber nunca analizado las facultades y operaciones del entendimiento, siente, piensa, compara, juzga; y su language, sus acciones, sus designios descubren en él nociones primitivas del orden y de la sa-

biduría. Probad la sagacidad del aldeano mas grosero escitando en él aquellas ideas confusas que le dirigen sin que él lo perciba; y veréis que no le es del todo extraño el conocimiento del orden y de lo hermoso: algunos egemplos van á hacer esto mas claro.

Suponed á un hombre vulgar, de ingenio muy escaso, introducido en el seno de una familia honrada y desconocida. El la observa durante algunos dias: la docilidad de los hijos, la sumision de los criados, el contento de los amos; todo en ella le anuncia la armonia y la paz: cada cosa tiene su tiempo; comidas, trabajo, descanso; todo está arreglado y se ejecuta sin desorden y sin confusion. Preguntad luego á este hombre si hay orden en esta familia, y vereis que, aunque ignorante, no dudará declararse por la afirmativa.

Supongo que un soldado sea individuo de un cuerpo en que la disciplina haga guardar á cada uno su puesto; en donde la obediencia sea tan pronta como firme el mando, y en el que todo se ejecute con una perfecta exactitud y regularidad; que en seguida este mismo soldado pase á un cuerpo en que todos quieran mandar, y en que el espíritu de insubordinacion é inobediencia agite todas las cabezas: pregun-



tadde de qué parte está el orden, y de cuál el desorden, y vereis que no se equivoca.

En este caso el sentimiento precede á la razon. Donde quiera que vemos armonia y correspondencia, union y enlace de diversas partes, dirigidas todas á un fin comun, conveniencia y proporcion de los medios con el mismo; allí encontramos orden y hermosura: por consiguiente el orden consiste en el concierto y la union de las partes que componen un todo único: por estas señales distinguimos un edificio bien ideado del que no lo está, y un discurso ó un poema arreglado de aquel en que reina el desorden; de modo que el plan y bosquejo de una obra la mas vasta y complicada, debe siempre referirse á un solo y único fin; y esta es la regla trazada hace dos mil años por el Poeta latino. San Agustín, que en todo era una águila, tiene un dicho célebre, que aclarado por un escritor frances en una de las producciones mas singulares de nuestra lengua, es que en la unidad está el fondo y el principio de toda belleza: *Omnis pulchritudinis forma unitas est* (1).

No por eso pensemos que estas nociones del

(1) Epistol. XVIII, núm. 2.

orden y de lo bello son arbitrarias y fundadas únicamente en convenciones. Si solo fuesen cosa de moda y de capricho, podrian los hombres mudar sobre ellas de ideas y de language; establecer que el orden y el desorden, el arreglo y la confusion fuesen cosas indiferentes, y determinar que en adelante ni lo uno agradase al alma, ni le repugnase lo otro. ¿Y quién se atreverá á sostener una paradoja tan chocante? Para mí seria lo mismo decir que los hombres podian convenirse en que no hubiese en adelante diferencia entre la locura y el juicio, entre el ingenio y la estupidez, la verdad y la mentira. En efecto, en todos tiempos y en todo lugar habrá cosas que á todos parezcan repugnantes, y sobre las que sea imposible alterar las ideas y el sentimiento del género humano. Que en una familia, por ejemplo, mande el hijo con dureza, y el padre obedezca temblando; que en un ejército, en lugar de marchar el soldado á las órdenes de su gefe las infrinja con audacia; que una madre desconsolada hable en un poema como una muger dominada de la risa y la alegría, y que en él se pinte al anciano prudente con la ligereza y fogosidad de un jóven, serán cosas que nos choquen y que nos parecerán desordenadas. Y este desorden que de tal mo-



do nos repugna, ¿no supone en nosotros ideas de un orden que nos agrada?

Yo bien sé que todos los hombres no están conformes sobre los defectos y la hermosura de los objetos; sobre la preeminencia de los colores y la regularidad de las formas exteriores; que mas de una vez admira el uno lo que reprobaba el otro, y que no suele agrandar al sabio lo que gusta al pueblo: tambien sé que hay bellezas de puro convenio, relativas á las costumbres y á los usos adoptados: sé por último que las nociones del orden y de lo bello son mas ó ménos perfectas, y mas ó ménos claras, á proporcion del grado de inteligencia y de instruccion: en esta parte el hombre civilizado puede muy bien aventajar al que no lo es; y así la idea de lo bello no es tan luminosa ni tan profunda en la cabeza de un salvaje como podia serlo en la de Bossuet, ni tan pura y delicada su impresion en un Bardo de las Galias como en Fenelon; pero sin embargo, la idea primitiva siempre se deja ver por todas partes, y se mira como una cosa constante, entre todos los hombres, que en donde se advierte una disposicion ó concurrencia de partes á un mismo fin, allí se encuentra el orden.

Veamos como este conocimiento mas ó mé-

nos confuso del orden, y esta inclinacion que tienen á él todos los hombres, se manifiesta en todas ocasiones y de todas maneras. Si un grupo de niños quiere imitar las evoluciones militares, al momento conocen que necesitan un gefe que los dirija; y que si cada uno no está en su puesto, y no observa una marcha uniforme, se altera el orden: si se entregan á aquellos juegos inocentes que los hacen saltar de alegría, conocen que necesitan reglas, y que deben observarlas, sin lo cual todo seria confusion: hasta las cuadrillas de malhechores conocen que su execrable asociacion no puede subsistir sin la union y subordinacion de todos sus miembros; y aun cuando su fin sea criminal, los medios de que se valen son siempre adaptados á su consecucion. Ved aquí como hasta en el mismo desorden brillan la idea y el gusto del orden. He creido deber remontarme hasta estas primeras ideas, porque los sofistas modernos, corruptores de la sana metafisica, nada han omitido para oscurecerlas. Queda pues probado que las nociones del orden y de lo bello se hallan esparcidas en todos los entendimientos, que era mi primera proposicion.

Paso á la segunda, á saber, que en virtud de estas nociones primitivas, es fácil á cada uno



de nosotros conocer este orden y esta belleza en el mundo visible.

Es bien público que algunos bellos ingenios, tanto entre los antiguos como entre los modernos, se han complacido en celebrar las maravillas de la naturaleza: dejemos las descripciones y los pormenores á los naturalistas profundos, que reuniendo la imaginacion del poeta á la sagacidad del observador, sean capaces de pintarlas: bástenos observar en general este enlace maravilloso de causas y efectos que sostienen la armonía del mundo; el concurso de las diversas partes al fin y á la conservacion del todo; y la influencia del conjunto en la reproducción y conservacion de las partes. Si todo se encadena en la naturaleza, es una máquina inmensa en que tanto mas brilla el orden en todo, cuanto cada rueda tiene su destino particular, y otro con relación al conjunto. Examinemos al hombre con particularidad: ¿qué soy yo considerado como un ser corporal? Soy un átomo respecto de la tierra, y ésta otro átomo respecto al mundo planetario, del que es una parte. ¿Y qué es este mismo mundo con relación á la vasta extension de los cielos estrellados? ¿No es lo mismo que un punto en la inmensidad de los espacios? ¿Cuánta es pues nuestra

pequeñez, y cuán cerca estamos de la nada en nuestra parte perecedera! Sin embargo, nuestra existencia tiene relaciones y conexión con toda la naturaleza; y la tierra, los mares, el aire, la luz y el sol, todo contribuye á nuestra conservacion. El pan que me alimenta proviene del grano confiado á la tierra; esta es fecundizada por las lluvias que la riegan, las cuales caen de las regiones del aire; este sostiene los vapores que las producen, los que se levantan de la superficie de los mares y de los rios, y esta evaporacion supone la acción del calor y del sol: de este modo todo contribuye á proveerme de la subsistencia; y aunque solo sea yo un átomo apenas perceptible en el todo, vengo á ser como un centro en el que todo termina. Lo mismo que del hombre, diré de cada uno de los seres de la naturaleza, y hasta de los animales imperceptibles á la vista. De este modo está todo enlazado, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, y el gusanillo que se arrastra sobre la tierra está unido á la constelacion que brilla en lo mas elevado de los cielos.

¿Quereis admirar este mismo orden y belleza en un objeto particular? Examinad solamente el ojo del hombre, y descubrireis que está



formado para ver, y que entre él y los fenómenos de la vision hay una proporcion admirable; de modo que en esto solo reconocereis un fin, y medios que se dirigen á él. Os engañais, dirá aquí un ateo heredero de un pensamiento de Lucrecio: el ojo no está hecho para ver; pero como era preciso que la materia de que se compone, coexistiese en cierto modo con los demas objetos de la naturaleza, se ha descubierto que estaba en proporcion con la luz; y he aquí por qué el hombre se sirve de él para ver los objetos. Es lo mismo, señores, que si dijésemos que la puerta de una casa no se ha hecho para entrar y salir por ella, sino que hallándola hecha, se la ha destinado á este uso: mas claro: que los diferentes instrumentos de que se sirve un artifice para desbastar, pulimentar, arreglar y concluir su obra, no se han hecho para esto, sino que viéndolos el obrero á propósito para este uso, los aplica á él. Pero he aquí como podemos apurar al ateo mas obstinado. Prescindiendo de lo que el hombre sería en cualquier otro sistema, es indudable que en el órden actual de cosas ha nacido para ver los objetos exteriores; pues la especie humana perecería si fuese del todo ciega. Bajo de este supuesto, ¿por medio de qué órgano ve el hom-

bre? ¿no es por los ojos? Pues preguntad ahora al mas hábil óptico, si el ojo del hombre no está construido maravillosamente para este uso; si por el lugar que ocupa, por los párpados que le cubren, por su órbita movable, su pupila y su nervio óptico, no tiene las mayores proporciones con la vision; y así siendo el fin ver los objetos, y el ojo el medio de conseguirle, resulta que este medio está perfectamente adaptado al fin. ¿Qué mas se necesita para conocer un designio, un objeto, un plan meditado, y por último un órden? Lo mismo que se dice del ojo puede decirse de todos los demas órganos, y del maravilloso mecanismo del cuerpo humano, del de los animales y del de las plantas. Preguntad al sabio mas profundo y mas versado en el conocimiento de la naturaleza; y os dirá que en la cadena inmensa de los seres no hay uno solo que no esté bien ordenado en sí mismo, y con referencia á los demas. ¿Y dónde hallarémos órden y belleza, si no la encontramos en esta serie y enlace de maravillas? La naturaleza, señores, es tan hermosa, y tal la impresion de su belleza en los hombres, que todos sus esfuerzos se dirigen á reproducirla, y el mayor triunfo del ingenio humano es imitarla. Las bellas artes solo son una imitacion de ella; y el pintor, el esta-



tuario y el poeta son tanto mas perfectos, cuanto mas fielmente copian su imágen: las bellezas naturales tienen en efecto para nuestros corazones cierto encanto secreto que los acompaña en todas partes; y así está observado, hace muchos siglos, que el hombre se complace en reconocerla en sus juegos, en sus fiestas y en sus espectáculos mas pomposos, en los pórticos y palacios que construye, y por fin en todas las obras maestras de su industria. Anhela por ver reproducidos los cielos estrellados, los paisages, las flores, los frutos y las aves; pero en el momento mismo que se fija su vista en las bellezas del arte, conoce que está aun mas unido por la parte mas pura de sí mismo á las bellezas originales; de cuya lozania puede decirse que es siempre antigua y siempre nueva.

Es cierto que no conocemos completamente este universo; pero repugnaria á la recta razon buscar en lo que ignoramos argumentos contra lo que conocemos; pues seria lo mismo que buscar la luz en las tinieblas. Tomemos por regla y norte la analogía y la experiencia, y juzguemos de las partes que nos son desconocidas por aquellas que hemos podido penetrar, despues de haberlas ignorado mucho tiempo. En los tres últimos siglos han hecho progresos inmen-

tos las ciencias naturales enriqueciéndose con una multitud asombrosa de observaciones y fenómenos nuevos; cada descubrimiento ha sido una maravilla, y solo Cristobal Colon descubriendo la América, ha duplicado digámoslo así, para nosotros el globo que habitamos. ¿Pero se ha encontrado en los rios, en las montañas, en los bosques y producciones de este segundo hemisferio alguna cosa que le haga indigno de compararse con el antiguo? Los instrumentos inventados por el hombre le han proporcionado extender mas sus conocimientos en todas las partes que componen las diversas producciones de la naturaleza, y han creado en cierto modo para nosotros un mundo nuevo, poblado de millares de seres imperceptibles á la vista, presentándonos en ellos nuevos objetos de admiracion, y nuevos milagros de orden y de sabiduria. ¿Pero se ha visto acaso en los cielos algun desorden chocante desde que el telescopio de Herschel nos ha proporcionado visitarlos, ó tienen algo de contrario á la armonía universal los cuatro nuevos planetas descubiertos en nuestros dias? Ese astro errante, cuya aparicion inesperada sorprende á nuestros sabios (1), ¿ha suministrado

(1) Cometa del mes de julio de 1819.



acaso algun argumento contra la sabiduría del ordenador de los mundos? No, no sucede con las obras de la naturaleza lo que con las del hombre: no se descubren con nuevas luces viejos errores, como en las teorías físicas modernas, que son en muchos puntos la refutación de las antiguas. Desde que el siglo de Luis XIV ha fijado el gusto y perfeccionado la lengua francesa, ¿cuántas obras que ántes pasaban por maestras han caído en el olvido? No así en las ciencias, que cuantos mas progresos hacen, mas dan á conocer la utilidad de cosas que parecian inútiles, y descubren mas y mas la hermosura de las que ántes casi se tenian por defectuosas. La nada del hombre se manifiesta hasta en el ingenio mas brillante; pero en la naturaleza todo es perfecto, y cuanto mas se la estudia, mas hermosa parece: su juventud es inmortal y sus bellezas nunca envejecen.

Acabo, señores, de demostrar que hay orden y belleza en este mundo visible: ahora añado en tercer lugar, que es imposible explicar uno ni otro sin la acción de una causa inteligente.

Convencidos, pues, de la existencia del orden en este mundo visible, veamos cual puede ser su causa; y si es obra de una inteligencia y razon infinita, ó el resultado imprevisto de un acaso. Los sabios de nuestros dias han insistido

en el principio de la necesidad de desconfiar del espíritu de partido y consultar los hechos, las observaciones y la experiencia; advirtiéndonos que no nos entreguemos á todas esas hipótesis brillantes que, si pueden dar honor á la imaginación del escrito, son muy poco honrosas al naturalista. Sea pues, señores, la experiencia el juez que decida entre los ateos y nosotros. Yo los desafio desde luego á citar una sola obra digna de atención por su orden y su belleza, que no sea fruto de una inteligencia. ¿Nos ofrecen acaso la historia antigua ó la moderna obras en que brille la sabiduría y el ingenio, sin suponer lo uno y lo otro en su autor? Ha compuesto acaso algun idiota una Iliada ó un poema como Atalía? Digan si alguna vez han podido los ciegos, por mas que manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, dar, como por acaso, con una transfiguración como la de Rafael, ó si un torbellino de viento agitando un conjunto de piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y disponer las partes de un palacio como el de los Médicis. Si me probasen que una turba de insensatos, hablando todos á un tiempo y en la mayor confusión, habian articulado sin interrupción todas las palabras de que se compone el *Discurso sobre la historia*



*universal*, acaso pudiera ocurrirme el pensamiento de que este mundo con todas sus maravillas no anuncia un arquitecto inteligente: pero si donde quiera que veo establecido un orden; si á la vista de una familia bien dirigida, de una ciudad bien gobernada, de un ejército bien disciplinado, ó de un edificio bien dispuesto en todas sus partes, se excita en mi entendimiento, aun sin poderlo evitar, la idea de un agente dotado de inteligencia y razon; es indispensable que siguiendo las reglas de la analogía y de la experiencia mas constante, me eleve al considerar el orden admirable de la naturaleza, hasta una inteligencia suprema, y que le crea obra suya. Se nos cita, es cierto, un pintor de la antigüedad, que no pudiendo retratar el espumajo de un caballo de los juegos olímpicos, tiró desechado su pincel sobre el lienzo, y lo consiguió aun mejor de lo que podia esperar; pero un poco de espuma no es una cosa que exija reglas, y un acaso puede tener esta fortuna: mas aun así siempre se necesitaba un lienzo preparado al efecto, una mezcla estudiada de colores, un pincel á propósito, y una mano que le arrojase sobre el lienzo.

Nosotros solo podemos juzgar de las cosas por nuestro modo de concebirlas, y con arre-

glo á las primeras ideas que constituyen en cierto modo nuestro entendimiento y son la base necesaria de nuestros raciocinios. Así es que el hombre siempre ha raciocinado por el principio de que el orden en un efecto supone inteligencia en su causa; y conforme á esta regla luminosa, invariable y universal, ningun hombre sensato se ha persuadido nunca, que tomando al acaso y sin eleccion letras de imprenta pueda resultar un poema como Atalía, por mas que esta operacion maquinal, hecha sin discernimiento, se répita sin cesar millones de siglos. El orden y el desorden se distinguen en nuestra inteligencia tanto como la sabiduría y la locura, la luz y las tinieblas. Un intervalo inmenso separa al agente dotado de inteligencia del agente ciego y estúpido, sin que nuestra razon nos permita confundirlos en sus efectos ni en su naturaleza: y si se necesita inteligencia para componer una esfera artificial que represente los movimientos celestes, ¿cómo puede concebirse que no haya sido necesaria tambien para disponer las esferas reales que ruedan por los cielos?

Parece que persuadidos los ateos de nuestros dias, de que en la realidad el acaso no es nada, se han avergonzado de atribuirle la formacion del universo; y en efecto, tanto en el



mundo físico como en la vida humana, todo tiene su verdadera causa aunque oculta; y solo para expresar una ocurrencia inesperada ó un resultado imprevisto, que no por eso deja de tener una causa, ha sido preciso adoptar esta palabra *acaso*, voz que de ningun modo puede ser agente ni causa. Pero nuestros ateos al dejar de invocarle han alborotado el mundo con lo que ellos llaman la *naturaleza*, la *necesidad*: hé aquí sus dioses, que no son ménos quiméricos que los del paganismo. Tan crédulos y tan desatinados se muestran los ateos en su modo de explicar el universo, que bajo de este punto de vista son los hombres mas supersticiosos; y si no, que nos digan lo que entienden por *naturaleza*. Si entienden una *naturaleza* sabia, dotada de prevision y que todo lo dispone conforme á un plan concertado de antemano, es mudar las palabras y conservar las cosas; pues esa misma *naturaleza* es la causa inteligente que nosotros buscamos: es Dios. Pero no; para ser consiguientes deben designar por la palabra *naturaleza* la universalidad de los seres, el conjunto de cuanto existe, el gran todo del universo, y en una palabra, el mundo; que es lo mismo que no decir nada, y que el mundo es el autor del órden del mundo. Ellos nos hablarán de la ener-

gía de la naturaleza, de atraccion, de impulsión, de repulsion, de afinidades; pero yo en esto solo veo reglas, y siempre preguntaré quien es el regulador; veo medios para la conservacion del órden que suponen un ordenador, en lugar de excluirle.

Con la misma inoportunidad invocan la necesidad; y así para entendernos procuremos no tomar meras palabras por cosas efectivas. Si quereis que el órden actual del mundo exista necesariamente y por sí mismo desde la eternidad, la voz del mundo entero se levantará contra vosotros; pues tanto los antiguos como los modernos, los filósofos como los ignorantes, y los ateos como los creyentes, todos están conformes en que el mundo no ha existido siempre cual hoy es, y entre todos los pueblos se ha conservado la tradicion del caos primitivo, de donde al fin salió el universo con todas sus maravillas. Si pretendéis que el órden actual de las cosas es á lo ménos un resultado necesario de las leyes mecánicas de este mundo visible, yo os preguntaré quién ha establecido estas leyes primordiales, tan fecundas en resultados maravillosos; quien ha dirigido sus combinaciones, y de donde proceden esos principios de órden, cuyo desarrollo ha formado y conserva el univer-



so. Veo la mano de un reloj dar la vuelta en una esfera y marcar exactamente las horas que dividen el día: pregunto cuál es la causa de un movimiento tan ordenado, y me respondeis que es el resultado de un mecanismo oculto á mi vista. Convengo en ello; ¿pero no formaré inmediatamente la idea de un artífice inteligente, que hace jugar y moverse los diferentes resortes de esta máquina? Veo á un ejército ejecutar con exactitud las evoluciones mas diestras y difíciles: pregunto la causa, y se me responde que lo que me admira tanto es el resultado de las reglas de la táctica y del largo ejercicio del soldado. Estoy conforme; ¿pero me exime esta respuesta de recurrir á un ordenador que manda y arregla todos estos movimientos? Así es que por mas que supongais en la naturaleza movimientos y combinaciones sucesivas que produzcan los fenómenos que vemos y que tanto nos admiran, siempre será preciso llegar á una causa primera y eficiente de este bello orden que tanto nos asombra. Lo repito, señores, donde quiera que se encuentre unidad, es indispensable reconocer un principio que sea su autor y su conservador.

Vosotros querriais explicar el mundo presente por medio de mudanzas y trasformaciones,

independientes de la accion primitiva de una causa inteligente. Para haceros reconocer aun mas la nulidad de este sistema, hagamos su aplicacion al mundo social. Suponed que os pregunto formalmente: ¿sabeis por qué subsiste la Francia en cuerpo de nacion, y de donde le ha venido el régimen político que tiene en el día? Yo os lo diré; subiendo de edad en edad encontramos leyes y usos, familias que se suceden unas á otras, generaciones que pasan y generaciones que empiezan; el tiempo ha producido diversas mutaciones en las costumbres y en las leyes; el gobierno ha experimentado muchas variaciones, y por fin hemos llegado al orden actual de cosas. ¿Quedaríais satisfechos con esta teoría, y no me diríais con razon; nos hablais de leyes, de usos, de mudanzas y de revoluciones para explicarnos el estado actual de la Francia; pero subiendo de edad en edad y de generacion en generacion, no vendremos á parar á la cuna de la nacion francesa, á individuos y á seres inteligentes dotados de prevision que hayan fundado, civilizado y gobernado la nacion? No tiene duda, señores. Lo mismo pues sucede en el mundo físico. Suponed cuantos soles querais que se apaguen y se enciendan; inventad choques y trastornos en la naturaleza, y



mundos nuevos que salgan de las ruinas de los antiguos á vuestro albedrío; inventad sistemas fundados en el enlace y progresos de transformaciones sucesivas: siempre será preciso que ascendiendo de efecto en efecto, y de fenómeno en fenómeno, lleguemos á un regulador anterior á todas estas combinaciones: por mas que se prolongue la cadena de los seres, siempre vendremos á parar en el punto fijo de que está pendiente: en la naturaleza, así como en la sociedad civil, existen, es cierto, leyes por las que todo camina y se mantiene; pero tanto en la naturaleza como en la sociedad, la legislación supone un legislador.

¿Querrán acaso, para no recurrir á la intervencion de la causa inteligente, valerse de aquel dicho célebre de Descartes: „Dadme materia y movimiento, y yo haré un mundo?“ ¿Pero desde cuando debe la hipérbole de un ánimo exaltado tenerse por una verdad rigurosa? Aun así Descartes no decia que el mundo se haria á sí mismo, sino: „Yo haré un mundo;“ se proponia por regulador del movimiento y de la materia, y de esta suerte declaraba la intervencion de un ser inteligente. Es indudable tambien que Descartes era un adorador sincerísimo de la Divinidad; y si se entretuvo en idear un mun-

do, saben todos el resultado de su sistema, que ya no tiene ni un solo partidario: sus torbellinos se disiparon como un ligero vapor; y á pesar de todo su ingenio, ha tenido la suerte de todos los fabricantes de mundos, antiguos y modernos: evaporarse en sus pensamientos.

Por consecuencia nada nos puede dispensar de recurrir á una causa inteligente.

Que esta causa inteligente sea Dios, no requiere discusion. El punto controvertido actualmente entre los ateos y nosotros es saber si existe un ser distinto de este mundo, y que sea su ordenador: si existe realmente, los ateos convendrán sin dificultad en que para haber dispuesto tan maravillosamente todas las partes de este inmenso universo, necesitaba tener una inteligencia, un poder, una sabiduría y una prevision muy superiores á todos nuestros alcances; que sus perfecciones fueran ilimitadas; que fuera un ser perfectísimo, y en una palabra, Dios.

Queda pues probado que hay nociones de orden y de belleza comunes á todos los entendimientos; que en virtud de estas nociones cada uno percibe que hay orden en el mundo visible, y que no puede explicarse sino por la accion de una causa inteligente, que es Dios: luego existe Dios. Esta es una cadena de la cual



no puede romperse ni un solo eslabon. Yo bien sé que todavía pueden proponerse argumentos, bien que fútiles, contra estas verdades, como se proponen contra la existencia de la materia, de la extension y del movimiento; pero felizmente para la tranquilidad del mundo las pruebas de la existencia de Dios son sensibles á todos, miéntras que los sofismas de los ateos son tomados de una metafisica tenebrosa é incomprendible al vulgo, de suerte que á despecho de los ateos el género humano continuará teniendo sentido comun, y creyendo en Dios.

Ya he hablado bastante, señores, á vuestra razon: permitaseme hablar un momento á vuestros corazones. Sois jóvenes aun la mayor parte de vosotros, y vuestras almas todavía nuevas no están ajadas por la ponzoña de un ateismo arraigado, ni áridas por los cálculos del sordido interes, ni endurecidas por el largo uso de los placeres: os hallais en aquella edad brillante en que una imaginacion mas ardiente, un corazon mas sensible y mas leal predisponen al hombre á dejarse penetrar del estímulo del sentimiento y de la verdad. Ahora pues, si cerrando los libros, y olvidando todos los discursos os habeis puesto á contemplar alguna de las grandes escenas de la naturaleza, ¿habeis po-

dido libertaros de una profunda emocion? ¿No os habeis sentido como enagenados por una especie de encanto, y no se ha escapado del fondo de vuestros corazones esta exclamacion de verdad: ¡Qué bellas y magnificas son tus obras, ó Dios omnipotente! *quàm magnificata sunt opera tua, Domine?* Si queremos en efecto sentir y gustar aquellas dulces y profundas emociones que nos elevan hasta la Divinidad, salgamos del centro de nuestras ciudades, de nuestros palacios, de los depósitos de nuestras riquezas literarias y de todas las obras de nuestra industria; no busquemos la naturaleza ni en el laboratorio del sabio, ni en los gabinetes de los curiosos, ni en cuanto se ostentan el poder é ingenio del hombre: tampoco entremos en ese recinto que encierra animales del Africa y del Asia, ó habitantes de nuestros bosques, que hemos privado de su agreste libertad. El águila cautiva podrá sí fijar mi vista, pero no interesarme en semejante estado de degradacion; al paso que quizá me llenaria de asombro si viera esta reina de los aires elevarse libre con un vuelo rápido y magestuoso hácia la mansion del trueno. Tampoco diré que tomeis en la mano aquel instrumento que tanto auxilio presta al ojo del observador, y le dirijais hácia el firma-



mento: aun esto es una molestia: yo no gustó limitarme á un solo punto de los inmensos espacios celestes, cuando necesitamos abrazar toda la bóveda de los cielos, y gozar de una libertad perfecta que deje al entendimiento toda su fuerza y al corazon todas sus afecciones. ¿En dónde hallaremos pues esa naturaleza que habla á nuestras almas mucho mejor que toda la elocuencia humana? ¿En dónde, señores? En esos bosques soberbios y magestuosos, cuya soledad, cuyo silencio y la densidad de sus sombras inclinan el ánimo á un santo recogimiento, y le penetran de un religioso pavor: en las orillas de un mar, á veces apacible y á veces agitado, cuyas ondas parece que juguetean bajo de la mano poderosa de un Dios, que las irrita ó las calma á su arbitrio: en la cumbre de esas altas montañas, desde donde la vista se extiende á lo léjos, y se pierde en un inmenso horizonte. Allí es donde el hombre parece señorearse en su imperio, como rey de la naturaleza; y desde donde contemplando con enagenamiento el vasto conjunto de valles y colinas, de montes y llanuras, de campos y praderas, se eleva naturalmente hácia el autor de tantas maravillas. Aun mas todavía en los cielos debe estudiarse la naturaleza en aquellas noches tranquilas y sere-

nas en que reina el silencio en la tierra y en los aires, y cuando parece que la luna derrama con su dulce resplandor la calma y la frescura sobre el universo. ¿Podrá entónces ocurrirle á ninguno la idea de que no hay un Dios? ¡Ah! ántes se insinuarán en su alma sentimientos tiernos y consoladores, caerán acaso de sus ojos lágrimas de admiracion y de enternecimiento, y exclamará, doblando sus rodillas: „Qué hermosas „son tus obras, ó Dios del universo, y cuán dulce me es creer en tí, ó Dios de mi corazon! „¿Cómo podré desconocerte, cuando tu presencia brilla por todas partes con tanta gloria y „magnificencia? Perdona, Dios de bondad, los „errores de mi juventud: acoge á un hijo extra- „viado que se arroja en tu seno paternal; y si „manifestaste tu poder arreglando el curso de „los astros, muéstrate aun mas poderoso ordenando mi corazon y sometiéndole para siempre á las leyes de tu adorable y suprema „gestad!”